
CAPITULO I.

(1863)

Antecedentes de la campaña.—El partido clerical.—ZITÁCUARO!—Recuerdos de la guerra de insurrección.—La lucha por los principios republicanos.—EL GENERAL D. PORFIRIO DÍAZ.—El Lic. Don Luis G. Couto.—Combate de Pungaracho.—Se abre la campaña en Michoacán.

La victoria de Calpulalpan que dió término á la guerra de tres años implantó en México la reforma, á costa de inmensos sacrificios del partido liberal. Al reaccionario ó clerical no le quedó más recurso que mendigar en Europa la intervención extranjera en los asuntos políticos de la nación. No era de extrañar: enemigo de la independencia en los once años que duró la épica lucha de la insurrección; adversario de las ideas de libertad y de progreso; celoso sostén de gobiernos sanguinarios y despóticos; fanático en religión y codicioso, hasta no más, de los bienes terrenales, el Clero alto mexicano agregó á todos estos crímenes el de la traición en guerra extranjera, provocando y ayudando para que las huestes francesas viniesen á establecer en este país un imperio regido por un príncipe austriaco.

La historia extensa de estas infames intrigas ha sido escrita en todos los idiomas cultos del mundo, y no es mi ánimo ocuparme de ella. Mi narración comprende únicamente la parte de la guerra de intervención francesa que se verificó en el suelo de Michoacán entre los invasores y sus aliados y los patriotas michoacanos, ya luchando estos solos, ya formando parte del Ejército Republicano del Centro.

Michoacán concurrió con sus elementos á la defensa nacional desde el momento mismo en que el enemigo extranjero pisó el suelo de la patria. Soldados michoacanos se hallaron presentes en Veracruz al avistarse las primeras naves de la convención tripartita; con sus compañeros de armas esperaron al enemigo en el campamento de "Dos Ríos" para disparar sobre él los primeros tiros; se batieron con denuedo, en las Cumbres de Acultzingo, en los cerros de Loreto y Guadalupe el 5 de Mayo, en Barranca Seca y en el sitio de Puebla, en donde cayó prisionero, y fué después deportado á Francia, su Gobernador Constitucional Don Epitacio Huerta,

Mas tarde, cuando ya los franceses se habían posesionado de la ciudad de México, cuando el gobierno legítimo emprendía su heroica y penosa peregrinación por los desiertos del norte, Michoacán se preparó altivo y sereno á continuar la guerra en el interior de su propio territorio.

Tal es el momento en que comienza mi relato.

Y es digna de llamar la atención la coincidencia de que esa trémenda lucha se iniciara en Zitácuaro, como si el ángel que custodia nuestra patria hubiese querido conceder tan alta honra al pueblo mas patriota de la tierra de Morelos!

¡Cuántos gloriosos recuerdos despierta en el alma el nombre de este pueblo que ha alcanzado con justicia el título de ciudad de la Independencia!

Zitácuaro! Su nombre se leerá repetidas ocasiones en las páginas de estos apuntes.

Se pronunciaba ya con respeto en los últimos días de la conquista, cuando un misterioso cacique cayó á los golpes del encomendero Peñaranda y cuando al espirar aquel indio legendario, es fama que se oyó el tañido fúnebre de una campana invisible, cuyo eco se repercute cada año en solemne día.

Con letras de oro lo grabó la historia en los tiempos dolorosos de la insurrección, cuando los elevados cerros del Pelón y del Cacique, y los de Camébaro y Cóporo repetían el estruendo de los cañones, los gritos de los combatientes y los suspiros de los moribundos.

Lo vemos brillar nuevamente cuando la ciudad se levantó

llena de entusiasmo en 1852 proclamando la Reforma y como apóstol de esta al inolvidable Melchor Ocampo.

Lo vemos también en la revolución de Ayutla, cuando Urquiza, Juan García y sus compañeros surgieron para luchar contra el tirano, participando de los triunfos del pueblo, y cuando, por este crimen, la villa fué incendiada por los santanistas; los habitantes pacíficos, muertos á lanzadas, y algunos de ellos arrastrados por la calle á la cola de los caballos.

En la guerra de tres años, recibió el título de ciudad de la Independencia por sus meritorios timbres del pasado y por los servicios de sus guardias nacionales en aquella época de la reforma.

Pero en la campaña contra la intervención francesa, pudieran contarse los días de Zitácuaro por otros tantos actos de civismo, por fiestas patrióticas, por la llegada de ilustres caudillos ó por la no interrumpida serie de combates que sostuvieron allí las tropas republicanas contra franceses y traidores. Desde 1863 hasta 1867, Zitácuaro se ve convertido en un altar de la Independencia ó en un santuario de la Libertad. El incienso tenía olor de pólvora, las campanas tocaban á rebato; en la bóveda de aquél templo rugía la tempestad de la guerra, el canto sagrado eran las notas del himno nacional.

Allí la tierra era un campamento; la ciudad. . . . nó, lo que había sido ciudad eran escombros y carbones; el aire, el soplo de la muerte, y en vez de trigo y de maíz, las sementeras producían túmulos.

En los repetidos combates que se libraron en aquellos campos, las montañas se cubrían de espectadores que lanzaban vivas á la patria. Eran las madres, las esposas, los hijos de aquellos que en las cañadas y en los valles vertían su sangre por la independencia de México.

Todos estos hechos heroicos se verificaban, ora en acciones de guerra, ora en el interior del hogar, ó ya en los aduaras trashumantes ocultos en las serranías.

En su lugar oportuno se darán á conocer los hombres prominentes de otros Estados que por aquellos días iban á buscar un refugio en Zitácuaro, á tomar participación en las luchas que allí se empeñaban, ó á acaudillar sus huestes, ó que,

de simple tránsito, atravesaban aquella región, llena de glorias nacionales, para ir á combatir contra los enemigos de la patria en otros lugares del país.

Ya he dicho que no entra en el propósito de este libro narrar los acontecimientos de las guerras sostenidas por el pueblo mexicano en otros puntos de la República. Escribo, para que no se olviden, los episodios que pueden servir para la historia particular de Michoacán, y de la historia general del país solamente tomaré aquellos datos que se relacionen con mi asunto.

Ninguno de los Estados proclamó el Imperio. El ejército que sostenía al gobierno impuesto por la intervención y la infidencia tuvo que ir conquistando, palmo á palmo, el suelo mexicano, puesto que ni siquiera se atrevieron franceses y traidores á penetrar en el interior del país inmediatamente después de la ocupación de México. Mientras cobraban nuevas fuerzas, intrigaron porque los pueblos proclamasen á Maximiliano, y no habiéndolo conseguido, se decidieron por fin á emplear las armas, el exterminio y el soborno.

La expedición sobre Michoacán emprendió su marcha en Noviembre. Pero no hay que anticipar la acción cronológica de los sucesos.

En el Estado, á consecuencia de la injustificada rebelión de los "Lanceros de la Libertad," el gobierno local tuvo que vencer grandes dificultades para llevar á cabo sus preparativos de defensa contra los invasores. Por fortuna, el Lic. Don Luis Couto, hijo de Zitácuaro, fué nombrado Gobernador, y en el corto período de su administración (17 de Julio á 17 de Septiembre) logró que se sometiesen voluntariamente los sublevados, organizó algunas otras fuerzas, creó recursos pecuniarios y levantó el espíritu público, entregando en seguida el mando al funesto general Uraga.

Entretanto, el Presidente Juárez, en San Luis Potosí, se consagraba activo é infatigable á renovar la lucha.

Una de las primeras fuerzas con que pudo contar el Ejército Republicano fué la División del General Don Porfirio Díaz, quién para formarla había permanecido tres meses en San Juan del Río, trabajando incansable, casi á la vista del enemigo. Componían esta División cuatro brigadas á las órdenes de los generales José María Ballesteros y Mariano Escobedo y de los coroneles Manuel González y Apolonio Angulo, y militaban en ella jefes tan distinguidos como Crispín Palomares, Margarito Carcía, Jerónimo Treviño, Joaquín Ballesteros, Ramón Reguera, Diódoro Corella, Jesús Toledo, Espinosa Garostiza, Adolfo Alcántara, Jesús Altamirano, Jesús Sosa, y Martiniano León: estos dos últimos, michoacanos. Era Cuartel Maestre de la División el General Rafael Benavides; auditor general, el Lic. Miguel Castellanos Sánchez, y comisario general, el teniente coronel Patrio León.

Tan brillante pléyade de valientes, digna de su jefe, llevaba en el corazón de sus miembros las esperanzas de la patria. En aquel corto cuadro de soldados republicanos había como el sembrero, como la almaciga de los cinco grandes ejércitos que, cuatro años después, hicieron caer en pedazos el trono de Maximiliano.

El general Díaz se movió con su pequeño ejército, saliendo de San Juan del Río á principios de Noviembre.

Iba á hacer la campaña en el Oriente: allí donde el Imperio tenía fijos los ojos y donde ya había ocupado una gran parte de su territorio.

El general Díaz que, cuando conviene, sabe ocultar su pensamiento, siguió un camino que no podía revelar sus intenciones. Hizo sus jornadas por Amealco, Molinos de Caballero, rancho de los Dolores y Pateo. Permaneció unas cuantas horas en Pomoca, en aquel albergue histórico en que dos años antes fué aprehendido Don Melchor Ocampo, cuya sangre no mitigó la sed de los verdugos clericales. Después siguió por Tepetongo, Anganguero y Trojes y llegó á Zitácuaro, la tierra clásica de la Libertad en Michoacán.

Para nutrir el patriotismo de sus soldados con recuerdos gloriosos, Don Porfirio dió tres días de descanso á sus tropas: Allí evocó la memoria de Benedicto López, cuyo valor que contemplaron admirados los habitantes de Zitácuaro, llenó de terror al gobierno vireinal; allí después de haber divisado á Cóporo, las sombras de los Rayones, de Guerrero y de Bravo se irguieron en su memoria. Al recorrer las calles de la histórica ciudad se ha de haber imaginado el incendio á que la condenó Calleja, las casas envueltas en torbellinos de fuego y el humo densamente negro que se elevaba, sin poder ocultar la gloria de los héroes. ¿Quién había de decir al caudillo que antes de dos años, aquella alegre ciudad, animada y risueña, estaría de nuevo convertida en pavezas y hollada y ultrajada por el ejército extranjero?

El general Díaz se alojó en Zitácuaro en la casa de Don Lorenzo Rodríguez, anciano patriota, de quién tomó instrucciones topográficas para enriquecer su caudal propio en esta clase de conocimientos.

Trascurrieron los tres días de descanso. La división Díaz emprendió de nuevo su marcha. Al pasar por la hacienda del Bosque, el general en jefe vió en la puerta de aquella elegante y hermosa mansión á su propietario, el Lic. Don Luis Couto, antiguo conocido suyo. Se adelantó á saludarlo y estuvo conversando con él todo el tiempo que la tropa tardó en pasar. El asunto de aquella plática entre el viejo republicano, amigo de Don Melchor Ocampo y el joven caudillo, es fácil de adivinar. Chispeaban los ojos de Couto debajo de las tupidas cejas que parecían de nieve, en tanto que la mirada del general Díaz era fija, severa y limpia, como si penetrara el porvenir.

La División siguió por las haciendas de Laureles y Orocutín, tocando los lindes del Estado de México. Ya después de franquear aquellos lugares, los soldados vieron con inmenso placer que se rompía lo monótono de las jornadas. En efecto, había aparecido de repente una gruesa columna de traidores capitaneada por Laureano Valdés, quien sin atreverse á presentar acción, destacaba algunas guerrillas á tirotear la tropa del general Díaz. Las guerrillas quedaban escarmen-

tadas por los soldados republicanos. El general estaba satisfecho de ver la moral de su pequeña fuerza, y profundamente reservado como es, sólo el sabía que una sección de franceses, á las órdenes del general Bertier, había salido de Toluca á reforzar á los traidores. Desde su salida de Zitácuaro, el general Díaz tuvo siempre su izquierda amagada por numerosas tropas enemigas, en su largo camino hasta Oaxaca, no siendo pocas las acciones de guerra que sostuvo contra ellas. Para el objeto de estos apuntes basta por ahora, referir el primero de tales episodios, por haberse verificado en Michoacán.

Decíamos que entre el tiroteo de las avanzadas y las risas y el entusiasmo de los soldados, el general continuaba su marcha. Un día llegó al pequeño caserío de Pungaranchó (municipalidad de Tiquicheo). Laureano Valdés creyó que allí se le presentaba la oportunidad de alcanzar una victoria sobre los patriotas. Al efecto, tomó posiciones en un sitio ventajoso, en que tenía á su frente el río, invadible en aquel lugar. Allí juzgó conveniente presentar la batalla. El general Díaz la aceptó, y mientras con toda calma formaba su línea hizo construir algunas balsas con barriles y trozos de madera, para que sirviesen de puente.

Entonces dió orden á Martiniano León, teniente coronel de artillería, para que con sus piezas comenzara á batir á los imperialistas. Al abrigo de estos fuegos se empeñó el combate; un cuerpo de infantería pasó el río sobre aquel puente improvisado. Rápidos los movimientos de la tropa republicana, como era rápido el plan de su jefe, pronto obtuvieron el triunfo más completo. Las desmoralizadas fuerzas de Laureano Valdés huyeron en completa dispersión y los vencedores avanzaron hasta Tejupileco. El general Bertier regresó á Toluca, frustrado ya su plan.

El general Díaz levantó el campo, y desde aquel momento dió por iniciada la campaña de su ejército de Oriente, campaña llena de vicisitudes y de gloria, cuyo primer laurel fué la toma de Taseco; en que más tarde se ve al héroe caer prisionero, y en que después de la más romancesca y peligrosa evasión aparece de nuevo en los campos del combate; cam-

paña en que se libran acciones de guerra en tres ó cuatro días sucesivos, obteniendo victoria; en que se asaltan y se toman ciudades importantes; en que se destruyen grandes ejércitos enemigos, extranjeros y *mexicanos*; campaña, en fin, en que hay fechas inmortales como el 2 de Abril, y en la que se registra el término de la guerra, el aniquilamiento del Imperio y la apoteosis de la República.

Aquella lucha se inició en Zitácuaro, los primeros tiros se dispararon en el territorio de aquel Distrito, la primera acción se libró en Pungarancho (Huetamo) y fué el comienzo de la guerra de intervención en Michoacán, guerra que duró más de tres años, en que los combates se contaron por cientos, los cadalsos en que murieron los patriotas por millares y en que los sacrificios fueron incontables.

Y como un honroso recuerdo para el Estado, hemos visto que quien rompió los fuegos en aquella gloriosa época y en aquel heroico Distrito de Zitácuaro, fué el General Don Porfirio Díaz.

CAPITULO II.

(1863)

Don José López Uruga.—Intrigas de los imperialistas.—El general Felipe Beriozábal.—Disposiciones acertadas.—Invasión de los franceses en el Estado.—El Coronel Ruiz Carrillo.—Protesta contra la intervención.—E 30 de Noviembre de 1863.—Entrada de los franceses en Morelia.—La población se les manifiesta hostil.—Vista de la ciudad.

El general Uruga fué nombrado Gobernador y Comandante Militar del Estado de Michoacán y recibió ambas investiduras el 17 de Septiembre de 1863. El viejo patriota Lic. Luis Couto que tenía á su cargo el Gobierno, hecha entrega de él, se retiró á su hacienda del Bosque, Distrito de Zitácuaro: allí pasó toda la campaña, prestando sus importantes servicios á la independencia.

Don José López Uruga estaba emparentado con algunas de las principales familias de Morelia. La casa solariega está situada detrás de la catedral, al lado izquierdo del colegio de infantes. Los Uruga hacían alarde de nobleza de sangre. En una mampara de la sala había una pintura, representando á un negro que tocaba una trompeta. Era un privilegio de los antepasados que uno de sus esclavos estuviese soplando en el estrepitoso instrumento, á la hora de la comida. ¡Hermosa preeminencia que hacía saber á los habitantes de la antigua Valladolid que los señores Uruga estaban sentados á la mesa!

El general Uraga tenía ese valor ardiente é impetuoso del primer momento: atacaba bruscamente y no cuidaba ni de su propia vida, ni de la sus soldados. Era hombre de un solo plan en el combate; así es que, si los movimientos ó la actividad del enemigo se lo desbarataban, la derrota era segura. El vulgo atribuía á traición lo que no era otra cosa que el resultado de la imprevisión ó de poca persistencia de talento militar. Su carácter era áspero, violento y orgulloso. Era bajo de cuerpo, de color bilioso y de mirada altiva; en la época á que me refiero, su calvicie estaba muy avanzada y el hirsuto bigote enteramente cano.

Casi nada de provecho hizo el general Uraga en Michoacán durante aquellos días y puede decirse que se limitó á expedir un decreto, declarando á Morelia en estado de sitio y ordenando que los franceses residentes en aquella ciudad salieran de allí en el improrrogable término de veinticuatro horas, so pena de ser considerados como espías del enemigo. Disposición inútil é injusta, porque entonces aún no estaba invadido el Estado.

El partido liberal de Michoacán desconfiaba de la lealtad de Uraga y no creía en su fe política; los tratados de Arroyo Zarco que apresuraron el triunfo de la revolución de Jalisco (1852) y la conducta que observó aquel jefe en la guerra de Reforma, justificaban la desconfianza. Esto y el carácter despótico de Uraga alejaron de su lado á los patriotas. En cambio, los hombres del partido conservador lo rodearon y lo embriagaban con sus adulaciones, logrando que no se dictasen providencias para preparar la campaña, y acaso fueron ellos quienes inspiraran el famoso decreto de que antes hablé, á fin de apresurar la expedición que los franceses tenían preparada sobre Michoacán. Tal vez se forjaban algunos otros planes, pues lo cierto es que por aquellos días andaban los imperialistas de Morelia sumamente contentos y esperando con ansiedad la llegada de los franceses.

Sucedió, empero, que Uraga fué llamado por el Gobierno general para que se pusiese al frente de un ejército: entregó el Gobierno de Michoacán al General Berriozábal, en 30 de Octubre, y marchó á su destino.



GENERAL FELIPE B. BERRIOZABAL

(1863.)

Los limpios antecedentes como militar y como gobernante, el patriotismo no desmentido y la acrisolada honradez del General D. Felipe Berriozábal, eran y fueron títulos para que los michoacanos lo recibieran con entusiasmo. Además, su trato caballeroso y fino y hasta su arrogante figura le afianzaron bien pronto las simpatías de todos.

El partido liberal lo acogió como una esperanza; y en efecto, apenas se hizo cargo del Gobierno, cuando comenzó a dictar disposiciones acertadas y enérgicas para poner á Michoacán en estado de defensa y para que la lucha se iniciara en el momento mismo de aparecer el enemigo. Su decreto de 11 de Noviembre imponía á los prefectos de los departamentos el deber de declarar en estado de sitio sus respectivas localidades, tan pronto como se presentaran los invasores, disputándolas con las armas en la mano hasta donde fuera posible; se les ordenaba al mismo tiempo que si la cabecera del distrito era ocupada, no abandonasen su puesto, sino que se colocaran en el punto más inmediato para continuar las hostilidades y atender á la administración civil del departamento. Lo notable en los efectos de esta providencia es que ella siguió observándose durante toda la campaña, pues jamás cesaron de funcionar en sus respectivas demarcaciones las autoridades legítimas.

No se limitó Berriozábal á municionar y acrecer la milicia regular, sino que autorizó y dió bases de organización á las guerrillas que tan valientes se mostraron en toda aquella época.

Dispuso que los archivos públicos se trasladasen á lugares seguros; estableció métodos eficaces para que las oficinas de rentas pudiesen recaudar los impuestos, aun en los puntos ocupados por el enemigo, y dictó, en fin, cuantas medidas creyó oportunas para hacer frente á la situación.

Entonces decayó el entusiasmo que se había notado entre los partidarios del Imperio, durante la administración de Uraga. Por un lado veían que aquella actitud de los liberales iba á ser duradera y era ya imponente, y por otro comenzaba á sufrir desengaños por parte de la Intervención, cuya política resultó no ser netamente reaccionaria: al contrario,

las leyes de Reforma hallaron desde luego decididos sostenedores entre los altos jefes de la expedición francesa, y más tarde entre los mismos *emperadores* Maximiliano y Carlota. Los arzobispos Munguía y Labastida (ambos michoacanos), si grande empeño y participación tuvieron en que México cayese bajo el protectorado humillante de Napoleón III, después, cuando comprendieron las tendencias de la Intervención, casi fueron hostiles al Imperio que no pudo menos que aceptar las ideas liberales, ya hondamente arraigadas en México. Y sea porque la clerecía de Michoacán quisiese ser consecuente con aquellos prelados, ó porque no tenía interés propio en el éxito de la guerra, lo cierto es que en su mayor parte no se filió decididamente en el partido intervencionista. No faltaron individuos del alto y del bajo clero que diesen muestras de patriotismo, si bien fueron muchos los que, llevados del fanatismo, ó más bien dicho, del odio contra los republicanos, ayudaron á los invasores.

Tal era el estado de los ánimos en el mes de Noviembre, cuando ya se preparaba en la ciudad de México la expedición que debía llevar la guerra á la patria de Morelos.

El general Berriozábal, comprendiendo que la ciudad no podía resistir á las tropas francesas y al ejército traidor que sobre ella marchaban, expidió una ley (24 de Noviembre), declarando á Uruapan capital del Estado de Michoacán mientras durase la guerra.

El 27 del mismo Noviembre tuvo noticia el Gobierno de que las columnas expedicionarias del enemigo habían penetrado en el territorio del Estado. Al franquear la línea divisoria, la primera partida de franceses al mando del mayor Billot se encontró con la fuerza del coronel Ruiz Carrillo, de las tropas michoacanas. Largo y sangriento fué el combate, que hubo de resolverse á favor de los invasores por haberse presentado en el lugar de la acción el grueso de su ejército.

La campaña se iniciaba ya formalmente en Michoacán: aquellos disparos presagiaron más de tres años de lucha encarnizada. El enemigo no había pisado el primer palmo de la tierra de Michoacán, sin encontrar al frente á los patriotas michoacanos.

En aquel día, el Gobierno publicó una protesta enérgica y solemne contra la invasión extranjera, declarando que no reconocía ningún acto legislativo, administrativo, judicial ni municipal del poder intruso, el cual no debería ser respetado ni obedecido por ningún ciudadano.

El 28 y 29 evacuaron la plaza las tropas republicanas al inmediato mando del general Régules, yendo á situarse á Pátzcuaro.

Para invadir el territorio del interior de la República formó Bazaine dos columnas: una á las órdenes del general Castagny, compuesta de los 7 y 20 batallones, los cazadores de á pie, del 3 de zuavos, del 51 y 95 de línea y de dos regimientos de caballería: era la destinada á abrir la campaña en Michoacán y Jalisco. A las órdenes de Castagny iba el general D. Leonardo Márquez con una división, fuerte en más de tres mil hombres. La segunda columna se encomendó al general Douay, que debía marchar sobre las fuerzas republicanas que mandaba el general Doblado.

El 9 de Noviembre salieron dichas tropas de la ciudad de México y caminaron con suma lentitud, pues hasta el 27 llegaron á Acámbaro. Allí se les reunió Bazaine, quien desde luego destacó la división Márquez con la brigada del general Bertier sobre Morelia.

Amaneció el día 30. La ciudad presentaba un aspecto lúgubre: las calles estaban silenciosas; cerrados los zaguanes de todas las casas, y si alguno que otro habitante salía á negocios urgentes, caminaba de prisa, sin detenerse á hablar con nadie. Se oía clara y distinta la campana del reloj de Catedral.

Los carabineros de Toluca que mandaba el general D. Antonio Alvarez y que eran la escolta de Berriozábal, salieron en las primeras horas de la mañana por el camino de Undameo.

El general Berriozábal, que tenía ensillados sus caballos, estaba en el portal de Matamoros y platicaba con algunas familias y con varios vecinos de Morelia. Todos le instaban á que se retirase, porque de un momento á otro se creía ver aparecer al enemigo. El general permanecía impasible, reci-

biendo con frecuencia las noticias que le llevaban los exploradores.

Berriozábal no se había dejado un solo soldado: lo acompañaban solamente su secretario particular Julián Montiel y Duarte; su médico Francisco Montes de Oca, sus ayudantes Manuel Alas, Manuel David Arteaga y Manuel Romero, y el escribiente Manuel Baranda.

Por fin, á las diez y media de la mañana, anunció uno de los exploradores que los franceses estaban ya en la loma del Zapote, á menos de un kilómetro de distancia de las goteras de la ciudad. Entonces el general montó á caballo, y seguido de su Estado Mayor, marchó á ver con sus propios ojos al enemigo. La columna invasora hacía su entrada á Morelia, yendo á formarse en el paseo denominado Bosque de San Pedro. El general permaneció largo rato presenciando este movimiento. Luego, paso á paso, regresó á la plaza, se despidió de sus amigos que aún se hallaban en el portal, y se dirigió hacia la garita de Santa Catarina. Allí se detuvo una vez más; dió una orden á Julián Montiel, quien bajándose de su caballo se puso á escribir lentamente en una mesa de la oficina: era el parte dirigido al Sr. Juárez, avisándole la ocupación de la capital de Michoacán por el ejército franco-traidor. Firmó el general Berriozábal, y volviendo á montar Julián, tomaron todos el camino de Pátzcuaro. Serían las doce del día.

A esa hora se dejó oír un repique en lo alto de las torres de la Catedral. ¿Quién lo ordenó? Entonces se dijo que uno de los vecinos de Morelia, grande amigo de los gobernadores del Estado, fué quien pagó á algunos hombres del pueblo para que subieran á repicar las campanas.

Franceses y traidores avanzaron hasta la plaza de los Mártires y tomaron posesión de la ciudad. El escritor Zamacois dice: "Preciso es confesar que la recepción (en Morelia) estuvo muy lejos de tener el colorido entusiasta de las verificadas en San Juan del Río, Querétaro y otras partes." El historiador francés general Thoumas afirma que "la población se manifestó más hostil que en las otras ciudades." El periódico clerical *La Sociedad* que se publicaba en México, es-

cribía: "Teniendo una gran parte de los vecinos de Morelia sus intereses fuera de la ciudad¹ y estando aún poseídos del miedo que las amenazas de los juaristas les habían infundido, habían andado parcos en sus demostraciones de júbilo."

Aquella conducta de los habitantes de Morelia fué una nueva protesta contra la Intervención: en unos nacida del patriotismo, en otros del desengaño y del despecho.

Entretanto, el general Berriozábal iba subiendo por la colina de Santa María. Desde allí contempló aquella ciudad de edificios monumentales, de esbeltas y elevadas torres, de paseos deliciosos; el fértil valle regado por dos ríos; las verdes y risueñas campiñas, y, á lo lejos, el enhiesto Quinceo, el prolongado lomerío de Copándaro y la mole imponente del Punghuato que acotan aquel paraíso como con un precioso cinturón de montañas.

Desde el 30 de Noviembre de 1863 hasta el 13 de Febrero de 1867, la ciudad de Morelia estuvo ocupada por las tropas de la Intervención y del Imperio. ¡Mil ciento cuarenta días!

¡Mas en torno de ella, y aun en sus mismas calles, flameaba el fuego de la guerra!

¹ No pasan de cincuenta personas las que se hallan en este caso, pues la población es pobre. Más de treinta mil habitantes carecen de bienes situados fuera de la ciudad.